

saba detenerse, pero se iba sintiendo, cada vez que la vencía, más seguro de sí mismo y renaciendo a la vida”.

Razón tiene el autor al decir que sus personajes tienen “pasión y muerte”.

VICENTE MENGOD

<https://doi.org/10.29393/At391-36ACVM10036>

El amante de cinco días, de FRANÇOISE PARTURIER.

Editorial Zig-Zag. Santiago, 1961.

Después de haber ensayado diversos estilos vitales, la novela enfila, una vez más, los rumbos siempre vírgenes del realismo; si bien con una matización sensual.

Sabido es que algunas obras de este tipo alcanzaron un éxito fulminante, sin que ello exija o implique una calidad estética. Con frecuencia, con excepción de “La Sed”, de Assia Djebar, una enorme cantidad de novelas, tejidas en las frondas del existencialismo, no tuvieron gran fortuna. El realismo, en sus páginas, se convirtió en furibundo resque-
mor, en graznido de pato salvaje.

Ahora se publica, traducida al castellano, la obra “El amante de cinco días”, de la escritora francesa Françoise Parturier. Una intriga sencilla, de conformación amorosa y sexual, ha sido tratada con innegable maestría técnica. Porque el tema, quizás tan viejo como la historia de los primeros amores furtivos, necesita ser tratada con gracia y desenvoltura. De lo contrario, se convierte en un alegato moralista. No olvidemos que muchas obras se han malogrado por ese anhelo normativo, que rebota en las empalizadas, no muy accesibles, del verdadero arte literario.

Dícese que esta novela pasará pronto a la pantalla cinematográfica. La serie de planos afines, de situaciones insinuadas y de atrevidos toques realistas se prestan a una versión fílmica.

Aquí tenemos el caso de una esposa enamorada, cuidadosa de sus hijos, que fusiona las facetas del amor hogareño y de las aventuras sexuales. Tiene un amante. Cuando observa que la cuerda floja de su vida se pone excesivamente tensa, deja ese amor entre cenizas de romántico olvido.

La novelista francesa hace alarde de sugestiva técnica del diálogo. No hay rodeos, pues la concepción realista de su obra no se lo permite.

Descubre un final de ruta, y hacia él enfila el navío de su sensualidad. Y entretanto, escancia una serie de meditaciones, desvergonzadas en apariencia, arrancadas de la vida, no obstante. He aquí algunos de sus párrafos sugestivos.

“Estoy triste, pues el espectáculo de un corazón puro, cuando no es bobo, es tan raro que se vuelve conmovedor”.

“Al menos quisiera, Antonio, que no me detestes porque amas a otra mujer. Eres demasiado íntegro, demasiado absoluto, y en cuanto el co-

razón es el afectado hay que poner atención. No malogres un sentimiento, que no volverás a encontrar nunca, por un momento de exaltación. La vida es menos simple de lo que crees; eras un niño mimado por el amor, y todavía no sabes que las pasiones no son siempre felices”.

Anotemos unos esguinces de fina ironía:

“—He comprendido, mi querida amiga, que a usted no le gustan los coches pequeños ni los grandes sentimientos.

“—Recuerde, mi querido amigo, que cuando lo conocí no tenía ni coche ni sentimientos. En cambio tenía buen humor. Eso me convenía, aunque no tengo tiempo para cambiar, ni me gusta aburrirme”.

Con cinismo realista escribe: “El sentimiento es una moneda desvalorizada tras una inflación y pronto no tendrá circulación en parte alguna”.

“El amante de cinco días”, novela escrita con donaire, se instaura en la línea de las obras de estilo directo, sin concesiones, con inteligentes arrebatos de ternura.

VICENTE MENGOD

El país de Kennedy, de NICOLÁS VELASCO DEL CAMPO.

Ediciones del Servicio Informativo y Cultural de los Estados Unidos,
Santiago, 1961.

Existe un arte de viajar, distinto para cada ser humano. Y de la misma manera, la ecuación formada por la realidad y el hombre tiene soluciones muy diversas, condicionadas por la cultura, por la sensibilidad, por la postura filosófica de quien observa y juzga los acontecimientos.

Sin duda, hay un método para aproximarse a las frecuentes oscilaciones del vivir, para deambular por las carreteras polvorientas, por los surcos azules del mar y por los ámbitos, no siempre dóciles, del espíritu de un pueblo.

En la vida de los hombres hay siempre el esquema lejano de un viaje. Y cuando éste se lleva a efecto, ciertas imágenes previas e ideales le impiden al viajero aprisionar la esencia de los fenómenos vivos que le salen al paso. Pero he ahí que abundan las excepciones, porque el observador logró situarse en distancias prudenciales. Ni muy lejos para que los contornos no se difuminen demasiado. Ni muy cerca, para evitar que los detalles les impidan abrazar el conjunto.

Nicolás Velasco del Campo pertenece a este segundo grupo. Viajó a los Estados Unidos, dispuesto a observar la actividad de un pueblo. Acucioso, sin desconocer el valor de las estadísticas, sin menospreciar el sentido profundo de plurales ensayos psicológicos escritos en torno al hombre de Norteamérica, llegó hasta las grandes ciudades del Norte,